



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

20.- La alimentación de 5,000
personas



unánimes

Estudios Bíblicos

N.20.- La alimentación de 5,000 personas

1. El texto

Juan 6: 1-15

Después de esto, Jesús fue al otro lado del Mar de Galilea, el de Tiberias. Y lo seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Cuando alzó Jesús los ojos y vio que había venido a él una gran multitud, dijo a Felipe:

—¿De dónde compraremos pan para que coman estos?

Pero esto decía para probarlo, porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió:

—Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco.

Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo:

—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos?

Entonces Jesús dijo:

—Haced recostar a la gente.

Había mucha hierba en aquel lugar, y se recostaron como en número de cinco mil hombres. Tomó Jesús aquellos panes y, después de dar gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; de igual manera hizo con los pescados, dándoles cuanto querían. Y cuando se saciaron, dijo a sus discípulos:

—Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.

Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. Entonces aquellos hombres, al ver la señal que Jesús había hecho, dijeron: «Verdaderamente este es el Profeta que había de venir al mundo».

Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerlo rey, volvió a retirarse al monte él solo.

2. Introducción

El milagro de los panes y los peces es el único milagro registrado en los cuatro Evangelios por lo tanto tiene una particularidad muy especial. Los cuatro narradores de la vida de Jesús consideraron que este milagro es de extrema importancia, nosotros también debemos considerar lo mismo.

El propósito de Juan en esta narración es el de presentar la majestad de Cristo. Por esta razón nos da ciertos detalles que no se encuentran en los demás Evangelios. Por otra parte,

nos presenta un sorprendente paralelismo entre los capítulos 5 y 6: en el primero nos muestra cómo se rechazó a Jesús en Judea; en el segundo nos hará ver cómo se le rechazó en Galilea. La historia de este doble rechazo es necesaria para suministrar un trasfondo a los siguientes capítulos; porque hace que el tierno amor del Salvador resalte nítidamente contra el trasfondo de la ingratitud humana.

El presente capítulo revela también, probablemente con más claridad que ningún otro pasaje de la Escritura, la clase de Mesías que el pueblo quería; a saber, uno que fuera capaz de satisfacer sus necesidades físicas y estuviera dispuesto a hacerlo. Cuando creyeron que Jesús cumpliría sus esperanzas, quisieron llevarle en triunfo a Jerusalén, por la fuerza si era preciso, para coronarlo rey. Pero tan pronto como se les dio a entender claramente que su héroe no era lo que ellos habían imaginado, sino que era un Mesías espiritual que había venido a salvar a su pueblo de la culpa, la corrupción y la miseria del pecado, le volvieron la espalda y ya no anduvieron más con Él. Por lo tanto, en el mismo capítulo, Jesús aparece en la cúspide de su celebridad y luego, de repente, avanza a grandes pasos hacia el punto más bajo de la burla pública. Pero en medio de esta voluble multitud, aparece revelada su gloria, especialmente en el sentido de que, aunque conocía a este pueblo a fondo, estaba, sin embargo, dispuesto a derramar su favor sobre ellos.

3. El paso a Betsaida

Después de esto, Jesús fue al otro lado del Mar de Galilea, el de Tiberias...

Se nos dice que Jesús fue al otro lado del mar de Galilea. Lucas en su evangelio nos informa que el lugar donde esto sucedió estaba en los alrededores de Betsaida.

Jesús, entonces, cruzó el mar de Galilea y desembarcó en las proximidades de Betsaida. Al mar de Galilea se le designa aquí también con otro de sus muchos nombres. Entre estos estaban: mar de Cineret, Lago de Genezaret y mar de Tiberias. Este último nombre, que, ligeramente modificado, se emplea hasta hoy, se deriva del de una ciudad (Tiberias) que Herodes Antipas fundó en el año 22 d.C., en la ribera occidental. Probablemente los lectores de Asia Menor conocían mejor este nombre que cualquiera de los otros. Por esta razón se añade la explicación, el de Tiberias.

En los evangelios de Marcos y Mateo se nos dice por qué razón Jesús y sus discípulos cruzaron el mar: los discípulos acababan de regresar de un viaje misionero y necesitaban descansar y estar a solas con Jesús. En las pobladas orillas occidentales, especialmente en Capernaum, no había oportunidad de descansar. Por otra parte, la terrible noticia del cruel asesinato de Juan el Bautista acababa de llegar hasta Jesús. Había que reflexionar sobre ello y meditarlo serenamente.

4. Los seguidores

Y lo seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos.

En un lenguaje pintoresco se describe aquí a la multitud que seguía a Jesús durante su ministerio en Galilea: lo seguían porque veían las señales que hacía en los enfermos. Se nos dice en los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas que la gente, dándose cuenta que Jesús se había embarcado y se dirigía hacia Betsaida, salió de diversas ciudades y aldeas y corrió bordeando el lago para volverse a reunir con Jesús. Esto no significa que vieran en Él al Salvador que los librase de sus pecados, sino que habían quedado impresionados por un Obrador de milagros. Estos milagros en realidad eran señales de algo más, pero la multitud no comprendió esto.

Así pues, mientras la gente bordeaba el lago, Jesús lo estaba cruzando. Llegó a la solitaria región cerca de Betsaida.

5. El monte

Entonces subió Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos.

En la orilla noreste de este mar, a unos dos kilómetros al sur de Betsaida, existe una pequeña llanura de rico material de aluvión. Puesto que, cuando Jesús y sus discípulos fueron allí, era primavera, no debe sorprendernos que se nos diga que había hierba verde en abundancia. Al final de esta llanura se alza un monte, de modo que se cumplen todos los requisitos de las narraciones de los Evangelios. Por lo tanto, cuando el evangelista escribe que Jesús subió al monte, los que estaban familiarizados con los alrededores sabrían exactamente a qué monte se refería y los que desconocían el paisaje podían adivinar fácilmente que había un monte al final de una faja llana a lo largo de la orilla del mar.

Aquí, pues, podemos ver a Jesús. Ascendió un trecho por la ladera del monte y se sentó allí con sus discípulos. Los lectores de Asia Menor—y de otros lugares—ya sabrían, por los Sinópticos, que en esta época Jesús tenía doce discípulos. En este mismo capítulo se dan los nombres de algunos: Felipe, Andrés, Simón Pedro y Judas Iscariote. Sus reacciones a la obra y a las palabras de Jesús han quedado registradas. Lo que el Señor hizo fue una prueba que reveló lo que había en sus corazones.

6. La cercanía de la Pascua

Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

La Pascua era una conmemoración de la liberación de la esclavitud en Egipto. Para más información ver el estudio de Unánimes “Las fiestas de primavera”. Era, en consecuencia, en este día cuando los pensamientos de los judíos giraban en torno a la pregunta: “¿cuándo

quedaremos libres de la esclavitud de Roma?” La respuesta a esa pregunta establecía “a priori” una tarea que debería desempeñar el Mesías cuando viniera. ¡Qué equivocados estaban los judíos!

7. La multitud expectante

Cuando alzó Jesús los ojos y vio que había venido a él una gran multitud...

En el evangelio de Marcos, en el relato paralelo, hay una narrativa de este momento que es pertinente analizar.

Marcos 6:34

Salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas.

Jesús vio que la gran multitud que había llegado a la playa comenzaba a dirigirse hacia Él. ¿Con qué fin salió? ¿Para reprender a aquella gente? ¿Salió para decirles, “Hemos venido aquí para descansar, aliviar nuestras tensiones, recuperar las fuerzas; así que por favor váyanse a casa porque estamos cansados; visítennos otro día”? Al contrario, salió para recibirles, **porque se compadeció de ellos**. Se podría decir como: “padeció con ellos”. Literalmente, la traducción de compasión es: “habiendo sido conmovido dentro de sí” (en sus “entrañas”). También se puede traducir como “Se le movieron las entrañas a ternura”.

En cuanto a esta compasión activa de Jesús, es una que se expresa en hechos. Mentalmente sondea sus penas. Les comprende. En su corazón lleva sus cargas. Les ama. Con su voluntad les quita las aflicciones. Les sana. Para Él la compasión no es sólo una emoción, es un tierno sentimiento que se transforma en acción efectiva. No es una mera emoción sino una acción; mejor aún, toda una serie de acciones. Les enseña, les sana, les alimenta.

Él ve a estas personas como ovejas sin pastor. Para entender lo que esto significa se debería leer el estudio de Unánimes “El salmo 23, pastor y anfitrión”.

Ningún animal es tan dependiente como una oveja. Sin alguien que la guíe, la oveja comienza a vagar, se pierde, se convierte en comida para lobos. Sin alguien que la apaciente, pasa hambre. Jesús sabía que con la gente pasaba igual: sus dirigentes no les ofrecían una dirección segura. No les daban comida para alimentar sus almas. La mente de los supuestos dirigentes estaba demasiado ocupada con sutilezas legalistas acerca de restricciones sabáticas, ayunos, filacterias, ritos religiosos, poder eclesiástico, dinero, etc., para preocuparse de las almas.

Así que Jesús comienza a enseñarles muchas cosas. Bellas palabras de vida salen de sus labios. Les habla acerca del maravilloso reino de Dios, de un reino en el cual la confianza en

el soberano cuidado de Dios, como la de un niño, trae paz, el amor es la ley y la verdad está en el trono. Ese es el Jesús que conocemos, uno que fija sus prioridades en nosotros y no en Él mismo.

8. El encargo a Felipe

...dijo a Felipe:

—¿De dónde compraremos pan para que coman estos?

Pero esto decía para probarlo, porque él sabía lo que iba a hacer.

En relación a esto, analicemos entonces porqué el Señor eligió a Felipe y no a otro discípulo. No se nos ha revelado en el texto el por qué el Señor se dirigió a Felipe. Los comentaristas han dado diversas explicaciones, tales como:

- a. Felipe era de Betsaida y, conociendo bien aquella región, era de esperar que supiera dónde podían obtener pan.
- b. Felipe era tardo para comprender y tenía más necesidad que los otros de ser probado y además era una persona realista y calculadora.
- c. Podríamos especular diciendo que fue seleccionado porque acababa de hacer una pregunta
- d. Tal vez era el que estaba más cerca de Jesús.

Por nuestra parte no tenemos ninguna respuesta. No hay nada en el contexto que explique por qué seleccionó Jesús a Felipe para hacerle esta pregunta. Desde luego, la fe de Felipe necesitaba ser puesta a prueba pero, ¿no era esto cierto también con respecto a la fe de los otros discípulos?

Aquí, naturalmente, el significado es que el Señor quería dar una oportunidad a Felipe para revelar si se compadecía de aquella gente y si había comprendido la lección que enseñaban los milagros, en su calidad de señales; es decir, que señalaban la majestad, poder y gloria del Señor, su capacidad y disposición para satisfacer las necesidades. El propósito de la pregunta no era obtener información acerca de dónde se podría comprar pan; ni tampoco representa esta pregunta que el Señor no sabía qué hacer, pues leemos: “... él sabía lo que había de hacer”.

9. La respuesta de Felipe

Felipe le respondió:

—Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco.

El pobre Felipe contempla la enorme multitud e inmediatamente empieza a calcular, olvidando completamente que el poder de Jesús sobrepasa todo cálculo.

En relación al denario, moneda de plata, era probablemente la moneda romana más empleada en los tiempos del Nuevo Testamento. Literalmente, el nombre denario significa: que contiene diez. Se le denominaba así en relación al as, moneda de bronce que valía la décima parte de un denario. No obstante, cuando se dice, como algunos comentarios hacen, que el denario es equivalente a 16, 17 o incluso 20 centavos de dólar, y que por lo tanto Felipe hablaba de una cantidad de unos \$32, \$34 o \$40, se comete una equivocación. El valor del dólar es fluctuante. Por lo tanto, es mejor decir, basándose en la Escritura que el denario representa el salario que se pagaba a un obrero por un día de trabajo y, en consecuencia, doscientos denarios sería la cantidad de dinero que un hombre recibiría en doscientos días de trabajo. Con esta suma no se hubiera podido comprar suficiente pan para que cada uno tomase un poco. ¡Por otra parte, es de dudar que Judas Iscarioti, el tesorero, tuviera doscientos denarios en la bolsa!

A Felipe le quedó tiempo para reflexionar en la respuesta que había dado y, sobre todo, en la pregunta que se le había hecho. Jesús empezó a hablar a la multitud acerca del reino de Dios. Tal y como lo indica Lucas, los que necesitaban curación fueron curados. Sin embargo, a pesar de estas manifestaciones de poder, parece que no se le ocurrió a Felipe pensar que el Señor, que en Caná había manifestado su poder para dar vino cuando éste faltó, sería igualmente capaz de dar pan en Betsaida.

En los textos paralelos, particularmente el evangelio de Marcos, se nos dice que el día fue pasando y llegó el atardecer. La gente, que había estado escuchando a Jesús varias horas, empezó a tener hambre. Dice Marcos:

Marcos 6:35–37

Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, y le dijeron:

—El lugar es desierto y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor y compren pan, pues no tienen qué comer.

Respondiendo él, les dijo:

—Dadles vosotros de comer.

Ellos le dijeron:

—¿Quieres que vayamos y compremos pan por doscientos denarios y les demos de comer?

De ahí se deduce claramente que la fe de los restantes discípulos no era más fuerte que la fe Felipe. A ninguno de ellos se les ocurre pensar en el poder de Jesús. Todos ellos calcularon, pero no ejercieron fe.

10. Los cinco panes y los dos peces

Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo:

—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tantos?

Marcos nos informa que Jesús preguntó a los discípulos: “¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo”. La respuesta consignada en los tres evangelios sinópticos (Marcos, Lucas y Mateo) fue: “Cinco panes y dos peces”. El escritor del cuarto Evangelio, Juan, que fue testigo ocular, añade algunos detalles interesantes: Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; ¿mas qué es esto para tantos?

Es interesante observar que no sólo aquí sino más adelante en el capítulo 12, encontramos a Felipe y Andrés mencionados juntos. Sabemos, claro está, que eran de la misma ciudad y que fueron de los seis primeros discípulos del Señor. Andrés, como contestación a la pregunta que Jesús había hecho, señala a un muchacho; éste no tenía que ser necesariamente un niño pequeño, pues los diminutivos en griego, como ocurre en otras lenguas, tienden a perder algo de su fuerza diminutiva original. Andrés informa al Señor que este muchacho tiene cinco panes de cebada y dos peces, los cuales serían para acompañar al pan o para servir a modo de segundo plato.

Se han predicado muchos sermones acerca de este muchacho. Se han dicho cosas de las que no hay indicios en la Escritura o en cualquier otro sitio; p.ej., que este muchacho había ido a un mandado y estaba de regreso para llevarle a su madre los panes y los peces que le había encargado; o que había salido de excursión llevando su comida, y Andrés valiéndose de la persuasión, le hizo ceder sus provisiones; o (no más afortunado) que este muchacho estaba desempeñando su trabajo cotidiano de vendedor de refrigerio (¡como si fuera hoy!).

El Señor no ha tenido a bien dar más información sobre este particular. La luz se centra en el Señor, no en el muchacho. Bástenos saber que Jesús quiso servirse de este muchacho. El hecho de que el pan de cebada se considerase en ciertos círculos como el “pan de pobre”, y que incluso Josefo el historiador hable de una clase de pan de cebada “demasiado vil para que lo consuma el hombre”, no tiene nada que ver con el presente relato. El pan de cebada es un alimento bueno y completo. ¡La comida que comen los pobres no tiene que ser necesariamente comida pobre! Cuando Andrés pensó en los cinco panes —¡sólo cinco! — y en los dos peces —¡sólo dos! — y en la vasta y hambrienta multitud, pero no en Jesús, en su poder y en su amor, exclamó: “¿Qué es esto para tantos?” Y lo que Andrés dijo, lo pensaron todos los demás.

11. Lo que Jesús hizo

Entonces Jesús dijo:

—Haced recostar a la gente.

Había mucha hierba en aquel lugar, y se recostaron como en número de cinco mil hombres.

Sin reprenderlos verbalmente por su poca fe, Jesús les instruyó para que acomodaran a la multitud. La orden era fácil de acatar, ya que en esta época del año había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron. Para mayor facilidad al contarlos y al servirles, la gente se sentó en grupos de cien y de cincuenta formando una hermosa estampa comparable a otros tantos macizos de jardín, tal y como Marcos nos indica en su evangelio. Podemos imaginarnos fácilmente a esta multitud ataviada con sus pintorescos vestidos orientales y reclinadas en la verde hierba, bajo el azul del cielo, teniendo al fondo el Mar de Galilea. Eran como zafiro en un campo de esmeralda. ¿Esperarían ellos ver un milagro? ¿Sería ésta la razón por la que no vacilaron en obedecer el mandato de sentarse en orden? ¿Es posible que se contaran los hombres porque había muchos más de ellos que de mujeres y niños? De todos modos, había como en número de cinco mil varones, además de las mujeres y los niños. Es imposible estimar la multitud cuando incluimos a las mujeres y a los niños en el conteo.

12. El milagro

Tomó Jesús aquellos panes y, después de dar gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; de igual manera hizo con los pescados, dándoles cuanto querían.

El milagro aquí se relata con una extraordinaria sencillez. Observemos que primero viene la acción de gracias y luego el milagro. Se suele decir que Jesús debió usar alguna consabida oración para la mesa. Pero esto es muy improbable. La mejor respuesta, sin embargo, es que no lo sabemos. Hay que tener en cuenta que los sermones que nuestro Señor predicaba a las multitudes se distinguían siempre por su frescor y originalidad; nunca habló como los escribas, copiando las palabras de los rabíes anteriores. Es, pues, muy improbable que al dirigirse a su Padre celestial hiciera uso de una oración prefabricada.

Jesús repartió los panes entre los que estaban sentados. Obsérvese que Juan es muy breve aquí. Parece que él da por descontado que los lectores ya sabrán los otros detalles a través de los demás Evangelios, a saber, Marcos, Mateo y Lucas, los cuales nos indican que después que el Señor hubo dado gracias, tomó los panes y comenzó a partirlos (en trozos de buen tamaño) y a distribuirlos entre los discípulos, los cuales los llevaron (tal vez en cestos recogidos de entre la multitud) a la gente. Algo similar se hizo con los peces. Lo que se hace resaltar es que todos los que estaban presentes recibieron todo lo que quisieron. Algunos, incluso, tomaron más de lo que podían consumir. Y así, con majestuosa sencillez, se narra este milagro.

¿Se multiplicó el pan en las mismas manos del Salvador? ¿En qué momento ocurrió el milagro exactamente? Lo único que sabemos es que un gran milagro tuvo lugar y esta señal tuvo el carácter de una transformación. Del mismo modo que Jesús en Caná no creó, sino

que transformó el agua en vino, así también aquí no crea, sino que cambia el pan en más pan. Esto está totalmente en consonancia con el propósito de su venida a la tierra. Vino no a crear sino a transformar y en el transcurso de su gloriosa obra muestra su extraordinaria generosidad y por lo tanto la del Padre: cuando Él da, lo hace pródigamente.

13. El sobrante

—*Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.*

Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido.

Los recursos infinitos, no obstante, no son una excusa para desperdiciar. El desperdiciar es pecado. Por otro lado, ¿no había otros que también tenían que comer, como por ejemplo el muchacho, los discípulos, los pobres que acudirían mañana, e incluso, el mismo Jesús? En consecuencia, no nos debe sorprender leer que Jesús ordenara recoger el sobrante. Observemos que dice los pedazos y no las migajas.

El sentido aquí es que algunos habían tomado demasiados pedazos cuando se había repartido el pan. Ahora se procede a la recolección de estos trozos, llenándose no menos de doce canastos de mimbre con lo que sobró.

14. La reacción de la gente

Entonces aquellos hombres, al ver la señal que Jesús había hecho, dijeron: «Verdaderamente este es el Profeta que había de venir al mundo».

El verdadero carácter del milagro no se apreció. No se comprendió lo que enseñaba. Entonces cuando la gente vio la señal que Jesús había hecho, decían: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Identificaban a Jesús con el profeta descrito por Moisés en la Torá.

Deuteronomio 18:15–18

Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis. Conforme a todo lo que pediste a Jehová, tu Dios, en el Horeb, el día de la asamblea, al decir: “No vuelva yo a oír la voz de Jehová, mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera”. Y Jehová me dijo: “Bien está eso que han dicho”. Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande.

Hasta ahí todo iba bien. Es, incluso, posible que en este profeta vieran al Mesías, pues no hay que perder de vista que para caracterizar a este profeta emplean la frase “que había de venir (o que va a venir) al mundo” que por todo el cuarto Evangelio se refiere a Cristo.

15. El mesías libertador

Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerlo rey, volvió a retirarse al monte él solo.

En ese momento la multitud supuso que Jesús era el Mesías y supuso bien. Pero aun suponiendo que lo consideraban como Mesías, lo que ellos imaginaban ver en Él era un Mesías terrenal y político, según la esperanza farisaica. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de Él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte Él solo. Llenos de entusiasmo, con la clase de fervor que se apodera de una muchedumbre judía en la época de la Pascua, se prepararon para ir rápidamente a Jerusalén llevando consigo a aquél su hombre fuerte que era capaz de hacer curaciones y proveer pan y prosperidad para todos. Si rehusaba ir voluntariamente, estaban dispuestos a raptarlo y obligarlo a ir con ellos para, una vez llegados a la Ciudad Santa, coronarlo rey, sacudir el yugo romano y establecer el reino de Dios en la tierra.

Mas aquél, cuyo reino no es de este mundo, se apartó de nuevo al monte, es decir, subió más hacia la cumbre, para estar solo. Pero antes, con el poder de su palabra, frustró el propósito de la multitud: simplemente despidió a la multitud, al tiempo que mandaba a sus discípulos que se embarcaran y regresaran a la orilla opuesta del mar de Galilea.

16. En resumen

Había veces que Jesús quería retirarse de la gente. Estaba sometido a un estrés continuo y necesitaba descansar. Además, necesitaba estar a solas con Sus discípulos para irlos guiando a una comprensión más profunda de Sí mismo. Y también necesitaba tiempo para la oración. En esta ocasión particular era prudente retirarse para no tener una colisión frontal con las autoridades, porque todavía no había llegado la hora del conflicto final.

De Cafarnaúm al otro lado del mar de Galilea había una distancia de unos siete kilómetros, que recorrieron en la barca. La gente había estado observando con admiración las obras de Jesús. Era fácil adivinar la dirección que llevaba la barca, así es que se dieron prisa para dar la vuelta a la parte superior del mar por tierra. El río Jordán entra por el extremo Norte del mar de Galilea. Dos millas río arriba estaba los vados del Jordán. Cerca de los vados había un pueblo que se llamaba Betsaida y era hacia ese lugar hacia el que se dirigía Jesús. Cerca de Betsaida, casi a la orilla del lago, había una llanurita en la que solía haber buena hierba. Iba a ser el escenario de un acontecimiento extraordinario.

En un principio Jesús había subido a la colina que hay detrás de la llanura y se había sentado allí con Sus discípulos. Luego, el gentío empezó a presentarse en tropel. Habían recorrido a toda prisa 15 km rodeando el lago y vadeando el río. Se nos dice que era cerca de la fiesta de la Pascua, lo que haría que hubiera aún más gente en las carreteras. Posiblemente

muchos iban de camino por allí a Jerusalén. Muchos peregrinos galileos viajaban por el Norte, cruzaban el vado, pasaban a Perea y luego volvían a cruzar el Jordán por Jericó. El camino era más largo, pero les permitía evitar el paso por la odiada y peligrosa Samaria. Es probable que los grupos de peregrinos que iban a Jerusalén para la fiesta de la Pascua engrosaran el gentío.

A Jesús se le avivó la compasión a la vista de la multitud. Llegaban hambrientos y agotados. Era natural acudir en primer lugar a Felipe, que era de Betsaida y conocería bien los recursos de la región. Jesús le preguntó dónde se podían obtener alimentos. La respuesta de Felipe era descorazonadora. Dijo que, aun en el caso de que se pudiera conseguir, costaría más de 200 denarios dar a cada uno de los presentes aunque no fuera más que un bocado. Recordemos que un denario sería el salario diario de un obrero, así; que tendríamos que calcular a lo que equivaldría hoy en día en cada país. Doscientos denarios sería el sueldo de siete meses. Comprendemos entonces la perplejidad de Felipe.

Pero entonces aparece Andrés en la escena. Había descubierto a un muchacho que llevaba cinco panecillos de cebada y dos pescaditos. Probablemente aquello era su merendilla. A lo mejor había salido a pasar el día en el campo y se había unido al gentío, no lo sabemos. Andrés, como tenía por costumbre, le trajo a Cristo.

El chico no llevaba gran cosa. El pan de cebada era el más barato y se tenía en poco. El pan de cebada era el de los más pobres. Los pescaditos no serían más grandes que sardinas. El pescado en escabeche que se preparaba en Galilea en aquel tiempo se conocía en todo el imperio romano. Entonces el pescado fresco era un lujo inasequible para la mayoría, porque no había medios para transportarlo y conservarlo en buenas condiciones. Pececillos parecidos a las sardinas que abundaban en el mar de Galilea eran los que se conservaban en escabeche y esos serían los que llevara el muchacho para hacer más apetitoso el pan de cebada.

Jesús les dijo a Sus discípulos que hicieran que la gente se sentara. Tomó en Sus manos los panecillos y los pescaditos y dio gracias a Dios por ellos. Al hacerlo estaba actuando como el padre de aquella familia. La gente comió hasta quedar satisfecha.

Cuando la gente se quedó satisfecha, Jesús mandó a Sus discípulos que recogieran los restos. ¿Por qué? En las fiestas judías se tenía la costumbre de dejar algo para los servidores. Lo que se dejaba se llamaba la pea y no hay duda que eso es lo que harían muchos en esta ocasión.

Se recogieron doce cestas llenas de pedazos sobrantes. Sin duda cada uno de los apóstoles tendría su cesta. Solía tener una forma como de botella, y ningún judío viajaba sin ella. El

judío con su cestita inseparable era un tipo notorio. La llevaba, en parte, porque guardaba lo que encontrara de interés y también para llevar su propia comida si quería cumplir todas las reglas alimentarias judías.

Con los restos de aquella comida, cada discípulo llenó su cestita. Así se alimentó la hambrienta multitud, y más.

17. Conclusión

Tal vez nunca sepamos exactamente lo que sucedió en aquella llanurita herbosa cerca de Betsaida. Vamos a considerarlo entonces de tres maneras.

- a. Podemos considerarlo sencillamente como un milagro en el que Jesús multiplicó panes y pescados. Algunos lo encontrarán difícil de imaginar y algunos lo encontrarán difícil de conciliar con el hecho de que eso es lo que Jesús se negaba a hacer en Sus tentaciones (convertir piedras en pan). Si podemos creer en el sencillo carácter milagroso de este milagro, no tenemos por qué cambiar de opinión. Pero si estamos perplejos, consideremos otras dos explicaciones.
- b. Puede que se tratara en realidad de una comida sacramental. En el resto el capítulo, el lenguaje de Jesús es el que usó en la última Cena acerca de comer Su carne y beber Su sangre. Podría ser que en esta comida no les dio más que un bocadito, como el sacramento, que cada persona recibía; y la emoción y la maravilla de la presencia de Jesús y la realidad de Dios convirtió aquella miguita sacramental en algo que realmente alimentó sus corazones y almas, como sigue sucediendo en la Mesa de Comunión hasta nuestros días.
- c. La explicación terrenal que algunos utilizan pero que el texto evidentemente descalifica es la siguiente. Aquella multitud se había puesto en camino para una expedición de quince kilómetros habiendo hecho preparativos para el viaje. Si había peregrinos entre ellos, es de suponer que llevarían provisiones para el camino. Pero puede ser que ninguno sacara lo que llevaba porque, por un egoísmo muy humano, se lo quería guardar para él mismo. Puede ser que Jesús, con aquella cautivadora sonrisa suya, sacara las escasas reservas que tenían Él y sus discípulos; con una fe radiante diera gracias a Dios y empezara a compartirlo y que, movidos por su ejemplo, todos los que tuvieran algo hicieran lo mismo y al final hubiera suficiente, y más que suficiente, para todos.

Fuera como fuera, esta narrativa tiene varios protagonistas, sin los cuales el milagro no habría sido posible.

- a. Estaba Andrés. Hay un contraste entre Andrés y Felipe. Felipe fue el que dijo: “Estamos en una situación desesperada. No se puede hacer nada” y Andrés fue el que dijo: “¡A ver lo que puedo hacer yo!” Seguro que Jesús hará todo lo demás.

Fue Andrés el que trajo a aquel muchacho a Jesús, lo que fue el primer paso para que se realizara el milagro. No podemos saber nunca lo que puede suceder cuando le traemos a alguien a Jesús. Si un padre entrena a su hijo en el conocimiento y el amor y el temor de Dios, no hay nadie que pueda decir lo que Dios puede llegar a hacer algún día con ese niño. Si un maestro de escuela dominical le lleva un niño a Jesús, nadie puede saber lo que algún día Jesús hará con él.

Se cuenta que un anciano maestro de escuela alemán, cuando entraba en el aula por la mañana, se quitaba el sombrero para saludarlos respetuosamente. Una vez alguien le preguntó por qué lo hacía, y él contestó: “Uno no sabe lo que uno de estos chicos puede llegar a ser el día de mañana”. Y tenía razón: uno de aquellos niños era Martín Lutero.

Andrés no sabía lo que pasaría con aquel chico y su merendilla cuando le trajo a Jesús aquel día, pero estaba aportando una pieza clave para que sucediera un milagro. No podemos calcular las posibilidades cuando le traemos a alguien a Jesús.

- b. Estaba el muchacho. No podía ofrecer mucho, pero con aquello tuvo Jesús el material necesario para obrar un milagro. Habría habido un acontecimiento maravilloso menos en la humanidad si aquel chico se hubiera guardado sus panes y sus peces para sí y nadie se lo habría podido reprochar.

Jesús necesita lo que le podamos ofrecer. Puede que no sea mucho, pero Él lo necesita. Puede que el mundo se vea privado de milagro tras milagro y triunfo tras triunfo porque no le traemos a Jesús lo que tenemos y lo que somos. Si nos colocáramos en el altar de su servicio, no se puede decir lo que Él haría con nosotros y por medio de nosotros. Puede que sintamos no tener más y nos dé vergüenza traer tan poco; pero eso no es razón para dejar de aportar lo que tenemos y somos: Poco es a menudo mucho en las manos de Cristo.

Los judíos esperaban al Profeta que creían que les había prometido Moisés. En aquel momento, en Betsaida, estaban dispuestos a reconocer a Jesús como el esperado Profeta y hacerle rey por aclamación popular. Pero aquello sucedía no mucho antes de que otro gentío gritara: « ¡Crucifícale, crucifícale! » ¿Por qué le aclamaron entonces en la primera de estas dos ocasiones?

Una de las razones fue que estaban ansiosos por respaldar a Jesús porque les había dado lo que ellos querían. Los había curado y los había alimentado; en consecuencia, estaban dispuestos a reconocerle como su jefe. Esa era una lealtad interesada. La actitud del gentío nos desagrada. Pero, ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando queremos consuelo en la aflicción, fuerza en la dificultad, paz en el revuelo, ayuda en la depresión, esperanza ante la

muerte, no hay nadie tan maravilloso como Jesús y le hablamos y vamos a Él y le abrimos nuestro corazón; pero, cuando nos viene con alguna seria demanda de sacrificio, con algún desafío al esfuerzo, con el ofrecimiento de alguna cruz, no queremos saber nada de Él. Si nos examinamos el corazón, puede que descubramos que nosotros también queremos a Jesús por lo que le podamos sacar.

Además, la gente quería usar a Jesús para sus propios fines y moldearle de acuerdo con sus propios sueños. Estaban esperando al Mesías; pero se le figuraban a su manera. Buscaban a un Mesías que fuera un rey conquistador, que le pisara el cuello al águila romana y expulsara sus legiones de su tierra. Habían visto lo que Jesús podía hacer y lo que se les pasaba por la mente era: “Este Hombre tiene poder, un poder maravilloso. Si podemos unirle con todo Su poder a nuestros sueños, empezarán a suceder cosas”. Si hubieran sido honrados, habrían reconocido que lo que querían era usarle para sus propios fines.

Veamos, otra vez: ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando invocamos a Cristo, ¿es para que nos dé fuerzas para proseguir con nuestros proyectos e ideas, o para aceptar Sus planes y deseos humilde y obedientemente? ¿Es nuestra oración: “Señor, dame fuerzas para hacer lo que Tú quieres que haga”, o “Señor, dame fuerzas para hacer lo que yo quiero hacer?”

Aquella multitud de judíos habría seguido a Jesús al momento porque les daba lo que ellos querían y deseaban usarle para sus propios fines. Esa actitud todavía prevalece. Querriamos los dones de Cristo sin Su Cruz; querriamos usarle en vez de dejarle que nos usara Él.

El mensaje de hacer mucho con lo poco que ofrecemos es poderoso. No nos sentemos a esperar a que el Señor nos provea de lo ideal para trabajar. Seamos movidos a compasión, o sea, que se nos muevan las entrañas a ternura, y salgamos a trabajar con los cinco panes y dos peces que el Señor ha provisto. Él se encargará de multiplicar lo que le ofrecemos.

El mundo se está cayendo a pedazos. Hay multitudes de hambrientos y sedientos de pan y de Palabra divina. Las familias se están separando, los jóvenes se drogan y viven una adultez adelantada. Los padres se vuelven insensibles ante el dolor de sus hijos y de los demás. Es hora que ofrezcamos nuestros cinco panes y dos peces al Señor y ¡salgamos a trabajar! Él los va a multiplicar para su gloria y para el beneficio de aquellos que necesitan. Así es nuestro Señor y así tenemos que ser nosotros.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995